

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat
18 de octubre de 2015
Is 53, 10-11 / Heb 4, 14-16 / Mc 10, 35-45

Queridos hermanos y hermanas: El evangelio de Marcos que estos domingos vamos leyendo, nos expone sin paliativos lo difícil que fue para los discípulos, incluso para el núcleo más cercano de los doce, entender y comprender las enseñanzas de Jesús. A menudo nos dice que no comprendían lo que les decía (9, 32-34) y con sus actitudes, como en el evangelio de hoy la de los dos hermanos Santiago y Juan, hacían patente que no habían entendido nada del sentido de la predicación de Jesús y de manera especial cuando los predice su pasión, muerte y resurrección. Por otra parte, Jesús a menudo impone silencio, exige que no se divulguen sus milagros y manda a los discípulos que no vayan diciendo que Jesús es el Mesías, tal como lo había reconocido Pedro en Cesarea de Filipo, para no favorecer falsas interpretaciones de su persona y de sus obras: Jesús no quiere que se tenga de él una idea sesgada de un mesías poderoso, vencedor de los enemigos del pueblo; Jesús quiere parecerse más bien al siervo sufriente del que ha hablado el profeta Isaías en la primera lectura.

Esto nos sirve de introducción a la idea que creo está en la base del evangelio de hoy: todos, los discípulos de entonces y los de ahora, tenemos que ir buscando y encontrando nuestro lugar dentro del Reino de Dios. Los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, a pesar de haber sido llamados y escogidos por Jesús a vivir con él en el círculo de los íntimos, buscan un lugar más concreto y personal: "Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda". Han escuchado a Jesús predicando sobre el Reino, que vendrá, y que ya está aquí, pero que se perfila como un proyecto futuro, al final de los tiempos, y quieren asegurarse un lugar de prestigio y de dominio. ¿No se trata de un reino presidido por Jesús? Pues ellos, que quieren serle fieles, quieren compartir lo máximo posible la realeza, con un punto evidente de poder ser más que los demás seguidores de Jesús y que los otros compañeros de apostolado. ¿No habían estado discutiendo hacía poco sobre quién era el más importante entre ellos? Así se comprende la reacción indignada de los otros diez contra Santiago y Juan. Buscan el lugar en el Reino a partir de sus ambiciones personales y de la concepción demasiado terrenal del Reino. Como los dice Jesús, no saben lo qué piden, no han entendido nada de la predicación tantas veces reiterada por Jesús sobre la suerte dolorosa y de persecución que Él debe sufrir, aunque están dispuestos a seguir esta misma suerte -son las imágenes del bautismo y del cáliz del texto evangélico- por fidelidad al Maestro. Todo ello da pie a una enseñanza muy precisa y concreta de Jesús, sobre quien debe ser el más importante y el que manda en el reino: el servidor y el esclavo de todos, tal como hacía Jesús. Por lo tanto, el lugar que deben encontrar no debe venir de las propias ambiciones, los propios deseos, sino que se ha de buscar y encontrar a partir de los criterios ofrecidos por Jesús mismo: servir a los demás y "*dar su vida en rescate por todos*".

Como he dicho hace un momento, este lugar lo debemos encontrar todos: los discípulos primeros y los de ahora, nosotros. No es un trabajo y una búsqueda fácil. También a nosotros nos puede pasar, y nos pasa, lo que sucedió a Santiago y Juan y a los otros discípulos: conscientemente o no, nos damos prisa por llegar a ser más que los demás, poderlos dominar, servirnos de los demás, hacernos servir. Y todo viene por no haber asimilado convenientemente el espíritu evangélico. Aquí juegan fuerte la ignorancia, la superficialidad, la rutina, el egoísmo y tantos otros aspectos negativos que arrastramos a lo largo de la vida. Sobre estos puntos pasa el camino de la conversión evangélica que tendremos que ir haciendo a lo largo de nuestra vida, a partir del cual cada uno de nosotros debe encontrar su lugar, o mejor dicho, debe encontrar su manera de hacer humana y cristiana, ya sea clérigo o laico, rico o pobre,

joven o viejo. Y, como decía Santa Teresa de Ávila antes de morir: "Ya es hora de ponernos a andar" y seguir a Jesús. Él nos indica el camino. Él sube hacia Jerusalén donde tiene que llevar a cabo el cumplimiento de la voluntad del Padre a través de la pasión y la cruz y la resurrección, y así *dar su vida en rescate por todos* los hombres en un gesto supremo de servicio.

Hoy, hermanos, la Iglesia celebra el día del DOMUND, el día en que hace memoria de su acción evangelizadora en el mundo. Ha sido un ejemplo vivo de servicio a hombres y mujeres de pueblos lejanos para que también encuentren su lugar en el evangelio de Jesús. Demos gracias a Dios por tantos y tantos hermanos nuestros, algunos muy cercanos a nosotros, que han hecho este servicio. Por ello, de una manera especial, hoy queremos ayudar a llevar a cabo este servicio: al final de la misa, a la salida, podréis hacer vuestra aportación económica para esta causa, si lo deseáis. Gracias.

Que esta eucaristía, mientras nos ensancha los horizontes de nuestro corazón a todos los hombres, nos haga encontrar también nuestro camino de seguimiento de Jesús.